

tol. Pero lo que le hacía predicar con mayor ímpetu y fervor del alma, alcanzando entonces las cimas de la elocuencia, era «una muy viva hambre y deseo de ganar con su sermón alguna ánima para Cristo».

En Andalucía desarrolla su actividad hasta las lindes del prodigio. Predicador fecundo, pronuncia su primer sermón en la iglesia del Salvador, de Sevilla, con motivo de las fiestas de la Magdalena. Y después, en Ecija, en Córdoba, en Granada, en Priego, en Montilla, en Baeza... en las más apartadas y recónditas comarcas andaluzas, en las meridionales tierras extremeñas de Zafra y de Fregenal, en la serrana ermita de Nuestra Señora del Castillo, próxima a Chillón (por entonces dependiente de la diócesis cordobesa), por toda Andalucía, en fin, verterá a raudales el torrente de su elocuencia maravillosa.

EL MISIONERO: Las Misiones, forma característica de catequesis y atracción de almas, son tan antiguas como la predicación apostólica. Pero el primero que las propagó en España fue el Venerable, pues se necesitaba todo su fervor y vocación para llevar la palabra de Dios a aquellas regiones apartadas y a aquellos pueblecitos serranos, muy alejados de la civilización en tiempos en que las comunicaciones eran deficientes o faltaban en absoluto.

Tan ardua labor era demasiada para un hombre solo. Y conociendo la falta de sacerdotes en las aldeas de Sierra Morena, reunió a algunos de sus discípulos y les excitó a que recorriesen la región predicando las divinas verdades. Más aún: a su iniciativa debieron, sin duda, las normas dictadas por muchos prelados de las diócesis andaluzas en el mismo sentido de alentar el apostolado por las más escondidas aldeas.

Son admirables las instrucciones dadas por Juan de Avila a sus discípulos misioneros: habrían de salir por parejas; no aceptar más hospedaje que en los hospitales o en las sacristías de las iglesias; no recibir dádivas que diesen motivo para acusarles, con fundamento, de interesados; no visitar mujeres, confesarlas siempre de día y amonestarlas a una vida de honestidad y fidelidad a sus esposos; trabajar día y noche, incluso los festivos, a fin de que los campesinos encontrasen facilidad para confesarse... Y otros detalles análogos, demostración de la tierna solicitud del Apóstol de Andalucía y de su gran experiencia en la predicación.

EL CONFESOR

No se satisfacía el Venerable Maestro con la sola emisión de su palabra. Los humanos oídos reciben el divino consejo de la predicación, pero presto lo olvidan. Era necesario completar su obra con el paternal ejercicio del sacramento de la Penitencia. Y al concluir sus sermones invitaba a cuantos quisieran ir a confesarse con él, diciéndoles que estaba dispuesto a recibirles y escucharles. Horas y horas en el confesionario: un desfile continuo de penitentes arrepentidos, a los que acogía con afabilidad, paciencia, cariño y dulzura. Y el bálsamo confortador se deslizaba suavemente, hasta lograr ejemplares conversiones.

Como el buen médico, que acude siempre a remediar a sus enfermos hasta en las horas más intempestivas, así este médico de almas siempre estaba dispuesto para acceder a los deseos de sus fieles. Todo, desde su particular oración al obligado descanso, quedaba pospuesto a la posibilidad de que un moribundo abandonase este mundo terrenal sin el consuelo de los sacramentos.

UN EPISODIO ALECCIONADOR: Conociendo esta firmísima cualidad, tres individuos del Albaicín quisieron mofarse a costa del Venerable. Y no se les ocurrió para ello sino esta argucia: uno de ellos, el más joven, se metería en cama pretextando súbita y grave enfermedad, mientras los otros pedirían a Juan de Avila que viniese pronto para que le confesara. Era en las primeras horas de la madrugada y el sólo hecho de salir en compañía de unos desconocidos, en tiempos de frecuente delincuencia, significaba ya un posible peligro. No lo dudó el Venerable: un alma pecadora, en trance de eterna condenación, reclamaba su presencia. Y abrigándose con el manto, marchó junto a aquellos desalmados.

Mas al llegar a la esquina próxima detúvose repentinamente el Beato, diciéndoles:

—«Es inútil, llegamos tarde. El enfermo ha muerto».

Miráronse los dos bromistas suponiendo que había sido descubierta su trama. Y confusos y corridos por no haber podido engañarle, regresaron a la casa en que esperaba el tercero.

Estupor. Conmoción. Inaudita sorpresa. ¡El falso enfermo estaba verdaderamente muerto!